

# Estudios de literatura medieval en la Península Ibérica



Coordinado por CARLOS ALVAR

---

*cilengua*

SAN MILLÁN DE LA COGOLLA  
2015

© *Cilengua. Fundación de San Millán de la Cogolla*

© *de los textos: sus autores*

*I.S.B.N.: 978-84-943903-1-9*

*D. L.: LR. 994-2015*

*IBIC: DSBB 1DSE 1DSP*

*Impresión: Kadmos*

*Impreso en España. Printed in Spain*

## ÍNDICE

El unicornio como animal ejemplar, en cuentos y fábulas medievales .....	15
BERNARD DARBORD	
A lenda dos Sete Infantes e a historiografia: ancestralidade e tradição .....	37
MARIA DO ROSÁRIO FERREIRA	
Notas coloccianas sobre Alfonso X y cierta «Elisabetta» .....	65
ELVIRA FIDALGO	
Las humanidades digitales en el espejo de la literatura medieval: del códice al Epub .....	95
JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS	
La literatura perdida de Joan Roís de Corella: límites, proceso y resultados de un catálogo .....	123
JOSEP LLUÍS MARTOS	
Los florilegios latinos confeccionados en territorios hispánicos .....	147
MARÍA JOSÉ MUÑOZ JIMÉNEZ	
De cómo Don Quijote dejó de ser cuerdo cuando abominó de Amadís y de la andante caballería, con otras razones dignas de ser consideradas .....	173
JUAN PAREDES	
Amor, amores y concupiscencia en la «Tragedia de Calisto y Melibea» en los albores de la temprana edad moderna .....	191
JOSEPH T. SNOW	
Nájera, 1367: la caballería entre realidad y literatura .....	211
ALBERTO VÁRVARO (†)	

El reloj de Calisto y otros relojes de <i>La Celestina</i> .....	225
ÁLVARO ALONSO	
De Galaor, Floristán y otros caballeros .....	239
CARLOS ALVAR	
<i>Ajuda</i> y argumentación en el debate <i>Cuidar e Sospirar</i> .....	257
MARIA HELENA MARQUES ANTUNES	
Traducir y copiar la materia de Job en el siglo xv .....	267
GEMMA AVENOZA	
Aproximación a un tipo literario a través de su discurso: de Trotaconventos a <i>Celestina</i> .....	279
ALEJANDRA BARRIO GARCÍA	
El <i>Romance de Fajardo</i> o <i>del juego de ajedrez</i> .....	289
VICENÇ BELTRAN	
Reflexiones en torno a la transmisión, pervivencia y evolución del mito cidiiano en el <i>heavy metal</i> .....	303
ALFONSO BOIX JOVANÍ	
Del <i>Bursario</i> de Juan Rodríguez del Padrón a <i>La Celestina</i> . Ovidio, heroínas y cartas .....	317
MARÍA E. BREVA ISCLA	
Las limitaciones de la fisiognómica: la victoria del sabio (Sócrates e Hipócrates) sobre las inclinaciones naturales .....	341
JUAN MANUEL CACHO BLECUA	
El final de la <i>Estoria de España</i> de Alfonso X: el reinado de Alfonso VII .	365
MARIANO DE LA CAMPA GUTIÉRREZ	
Primacía del <i>amor ex visu</i> y caducidad del <i>amor ex arte</i> en <i>Primaleón</i> .....	391
AXAYÁCATL CAMPOS GARCÍA ROJAS	
Poesía religiosa dialogada en el <i>Cancionero general</i> .....	405
CLAUDIA CANO	
Comedias líricas en la Hispanoamérica colonial. Otro testimonio de la pervivencia y trasmisión de motivos medievales a través del teatro musical. El caso de «Las bodas de enero y mayo» .....	417
SOFÍA M. CARRIZO RUEDA	

Sabiduría occidental-sabiduría oriental: Sorpresas terminológicas .....	429
CONSTANCE CARTA	
De la cabalgata a la sopa en vino: trayectoria épica del motivo profético en algunos textos cidianos .....	439
PÉNÉLOPE CARTELET	
El animal guía en la literatura castellana medieval. Un primer sondeo .....	463
FILIPPO CONTE	
A linguagem trovadoresca galego-portuguesa na <i>Historia troyana polimétrica</i> .....	481
CARLA SOFIA DOS SANTOS CORREIA	
Alfonso X el Sabio, el rey astrólogo. Una aproximación a los <i>Libros del saber de astronomía</i> .....	493
M <sup>a</sup> DEL ROSARIO DELGADO SUÁREZ	
La literatura artúrica en lengua latina: el caso de «De ortu Walwanii nepotis Arturi» .....	501
MARÍA SILVIA DELPY	
Los consejos aristotélicos en el <i>Libro de Alexandre</i> : liberalidad, magnificencia y magnanimidad .....	513
MARÍA DÍEZ YÁÑEZ	
Exaltación cruzada y devoción jacobea en el <i>Compendio</i> de Almela .....	537
LUIS FERNÁNDEZ GALLARDO	
«Noticias del exterior» en las <i>Crónicas</i> del Canciller Ayala .....	559
JORGE NORBERTO FERRO	
Las artes visuales como fuente en la obra de Gonzalo de Berceo .....	569
SARAH FINCI	
Narratividad teatral en Feliciano de Silva .....	577
JUAN PABLO MAURICIO GARCÍA ÁLVAREZ	
Iconotropía y literatura medieval .....	593
CÉSAR GARCÍA DE LUCAS	
La recepción del legendario medieval en la novela argentina .....	607
NORA M. GÓMEZ	

Las tres virtudes de santa Oria en clave estructural .....	623
JAVIER ROBERTO GONZÁLEZ	
Las alusiones carolingias en la búsqueda del Grial y las concepciones cíclicas de los relatos artúricos en prosa .....	637
SANTIAGO GUTIÉRREZ GARCÍA	
De la ferocidad a la domesticación: funciones del gigante y la bestia en el ámbito cortesano .....	659
MARÍA GUTIÉRREZ PADILLA	
El <i>Ars moriendi</i> y la caballería en el <i>Tristán de Leonís</i> y el <i>Lisuarte de Grecia</i> de Juan Díaz .....	673
DANIEL GUTIÉRREZ TRÁPAGA	
Algunas consideraciones sobre la <i>Introducción</i> de Pero Díaz de Toledo a la <i>Esclamación e querella de la governaçión</i> de Gómez Manrique .....	695
ANA M <sup>a</sup> HUÉLAMO SAN JOSÉ	
Las prudencias en el pensamiento castellano del siglo xv .....	715
MÉLANIE JECKER	
«El mar hostil» en el <i>Milagro XIX</i> de Berceo y en la Cantiga de Meendinho .....	731
SOFÍA KANTOR	
La <i>Hystoria de los siete sabios de Roma</i> [Zaragoza: Juan Hurus, ca.1488 y 1491]: un incunable desconocido .....	755
MARÍA JESÚS LACARRA	
La difesa del proprio lavoro letterario. Diogene Laerzio, Franco Sacchetti e Juan Manuel .....	773
GAETANO LALOMIA	
El paraíso terrenal según Cristóbal Colón .....	789
VÍCTOR DE LAMA	
«Ca sin falla en aquella sazón se començaron las justas e las batallas de los cavalleros andantes, que duró luengos tiempos». El inicio del universo artúrico en el <i>Baladro del sabio Merlín</i> .....	809
ROSALBA LENDO	

Construyendo mundos: la concepción del espacio literario en don Juan Manuel .....	821
GLADYS LIZABE	
¿Un testimonio perdido de la poesía de Ausiàs March? .....	835
MARIA MERCÈ LÓPEZ CASAS	
Notas para el estudio de García de Pedraza, poeta de Cancionero .....	847
LAURA LÓPEZ DRUSETTA	
<i>Adversus deum</i> . Trovadores en la frontera de la <i>Cantiga de amor</i> .....	861
PILAR LORENZO GRADÍN	
La pregunta prohibida y el silencio impuesto en el <i>Zifar</i> (C400. <i>Speaking tabu</i> ) .....	879
KARLA XIOMARA LUNA MARISCAL	
Prácticas de lectura en la Florencia medieval: Giovanni Boccaccio lee la <i>Commedia</i> en la iglesia de santo Stefano Protomartire .....	889
SARAH MALFATTI	
La tradición manuscrita de Afonso Anes do Coton (XIII sec.): problemas de atribución .....	901
SIMONE MARCENARO	
Un testimonio poco conocido de las <i>Coplas que hizo Jorge Manrique a la muerte de su padre</i> : la impresión de Abraham Usque (Ferrara, 1554) .....	917
MASSIMO MARINI	
Psicología, pragmatismo y motivaciones encubiertas en el universo caballeresco de <i>Palmerín de Olivia</i> .....	941
JOSÉ JULIO MARTÍN ROMERO	
El <i>Epithalamium</i> de Antonio de Nebrija y la <i>Oratio</i> de Cataldo Parisio Sículo: dos ejemplos de literatura humanística para la infanta Isabel de Castilla .....	955
RUTH MARTÍNEZ ALCORLO	
Propuesta de estudio y edición de tres poetas del <i>Cancionero de Palacio</i> (SA7): Sarnés, Juan de Padilla y Gonzalo de Torquemada .....	973
PAULA MARTÍNEZ GARCÍA	

«Contesçió en una aldea de muro bien çercada...» El «Enxiemplo de la raposa que come gallinas en el pueblo», en el <i>Libro de buen amor</i> .....	987
MARÍA TERESA MIAJA DE LA PEÑA	
La obra de Juan de Mena en los <i>Cancioneros del siglo XV</i> . De los siglos XIX y XX. Recopilación e inerrancia .....	999
MANUEL MORENO	
Para uma reavalição do cânone da dramaturgia portuguesa no séc. XVI ..	1023
MÁRCIO RICARDO COELHO MUNIZ	
La tradición literaria y el refranero: las primeras colecciones españolas en la Edad Media .....	1037
ALEXANDRA ODDO	
Paralelismos entre el cuerpo femenino y su entorno urbano en la prosa hebrea y romance del siglo XIII .....	1051
RACHEL PELED CUARTAS	
Los gozos de Nuestra Señora, del Marqués de Santillana .....	1061
MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PRIEGO	
Medicina y literatura en el <i>Cancionero de Baena</i> : fray Diego de Valencia de León .....	1073
ISABELLA PROIA	
Matrimonio y tradición en <i>Curial e Güelfa</i> : el peligro de la intertextualidad ..	1091
ROXANA RECIO	
«Pervivencia de la literatura cetrera medieval. Notas sobre el estilo del <i>Libro de cetrería</i> de Luis de Xapata» .....	1113
IRENE RODRÍGUEZ CACHÓN	
Las <i>imágenes agentes</i> de <i>Celestina</i> .....	1125
AMARANTA SAGUAR GARCÍA	
Los «viessos» del <i>Conde Lucanor</i> : del manuscrito a la imprenta .....	1137
DANIELA SANTONOCITO	
Juan Marmolejo y Juan Agraz: proyecto de edición y estudio de su poesía ..	1157
JAVIER TOSAR LÓPEZ	
A verdadeira cruzada de María Pérez «Balteira» .....	1167
JOAQUIM VENTURA RUIZ	



«Prísolo por la mano, levólo pora'l lecho». Lo sensible en los *Milagros de Nuestra Señora* ..... 1183

ANA ELVIRA VILCHIS BARRERA

Para la edición crítica de la traducción castellana medieval de las *Epistulae morales* de Séneca encargada por Fernán Pérez de Guzmán ..... 1195

ANDREA ZINATO



## NÁJERA, 1367: LA CABALLERÍA ENTRE REALIDAD Y LITERATURA\*

ALBERTO VÁRVARO (†)

**Resumen:** El autor reconstruye los hechos que precedieron a la batalla de Nájera (1367) y lo ocurrido después de la misma, tomando como base los textos literarios de autores franceses (Jean de Venette, Cuvelier y Jean Froissart), ingleses (Chandos Harald) y castellanos (Pedro López de Ayala). Más allá de las informaciones históricas y de sus reelaboraciones literarias, se podría hablar de un estilo «gótico internacional» en la prosa elevada.

**Palabras clave:** Guerra de los Cien Años, Príncipe Negro, Bertrand du Guesclin, «Estilo gótico internacional», Nájera, Batalla de Nájera (1367).

**Abstract:** The author reconstructs the events leading up to the battle of Nájera (1367) and what happened after it, on the basis of literary texts from French authors (Jean de Venette, Cuvelier and Jean Froissart), English writers (Chandos Harald) and Castilian historians (Pedro López de Ayala). Beyond the historical information and of its literary reworkings, one might speak of a «International Gothic» style in the high prose.

**Keywords:** The Hundred Years War, Black Prince, Bertrand du Guesclin, «International Gothic Prose», Najera, Battle of Nájera (1367).

\* Traducción de Donatella Gagliardi.

Al atardecer del sábado 3 de abril de 1367, o como muy tarde, al amanecer del día 4, a buen seguro llegaron a estas montañas tremendas noticias. En una llanura al Este próxima a Nájera acababa de librarse una gran batalla entre dos reyes de Castilla, que —¡cosa horrible!—, eran medio hermanos. Los contrincantes encabezaban sendos ejércitos compuestos en buena parte por extranjeros: por un lado Ingleses y Gascones, bajo el mando del príncipe de Gales, Eduardo de Woodstock, por otro Franceses y Aragoneses. El rey don Pedro, que había sido echado de Castilla y del trono unos meses antes, había ganado al bastardo don Enrique de Trastámara, el usurpador proclamado rey en Calahorra el 16 de marzo de 1366 y coronado en Burgos poco después. La explanada estaba cubierta de cadáveres (entre cinco y seis mil, según los cálculos del triunfador, el príncipe de Gales), y el agua del río Najerilla corría teñida de rojo. Sabemos que el abad y los monjes de San Millán bajaron a recoger y enterrar a los caídos castellanos; otros acudirían con finalidades no tan nobles<sup>1</sup>.

De hecho, pronto se comprobaría que la batalla que debería haber resuelto la guerra civil entre los dos hijos de Alfonso XI no había decidido nada. Enrique no estaba ni entre los presos ni entre los muertos: a todas luces pues había logrado escaparse. El príncipe de Gales observó atinadamente en su habla gascona: «No hemos hecho nada». Pedro regresó, sí, a Burgos, y luego a Andalucía, pero Enrique volvió en breve a Castilla y tras la retirada del príncipe de Gales y los suyos, la lucha se zanjaría apenas dos años más tarde bajo las almenas del castillo de Montiel con la muerte del legítimo rey, apuñalado por su hermanastro.

Desconocemos los comentarios que se hicieron en estas montañas a propósito del enfrentamiento, sin embargo, la batalla de Nájera está bastante bien documentada. Para empezar disponemos de la carta con la que el mismo lunes el príncipe Eduardo comunicó la noticia a su esposa Joan, quien se encontraba en Bordeaux<sup>2</sup>; algo más tarde (probablemente en 1368) la *Chronique* de Jean de Venette refiere lo ocurrido de forma escueta<sup>3</sup>; alrededor de 1370 el faraute del guerrero inglés sir John Chandos, en el poema biográfico sobre su señor, se

1. S. Luce, editor de Froissart, señala en una nota (p. XVII, n. 1, basándose en Sandoval, *Fundaciones*, f° 90) que en 1370 Enrique concedió al monasterio de San Millán algunas rentas como recompensa por la acción de los monjes.
2. Cf. A. E. Prince, «A Letter of Edward the Black Prince describing the Battle of Nájera in 1367», *English Historical Review* 41, 1926, pp. 415-8.
3. Cf. la edición de M. K. Pope y E. C. Lodge, *Life of the Black Prince by the herald of Sir John Chandos*, Oxford, Clarendon Press, 1910, y la de D. B. Tyson, *La Vie du Prince Noir by Chandos Herald*, Tübingen, Niemeyer, 1975.

explaya tratando el tema<sup>4</sup>; antes de 1389 el episodio tiene amplia cabida en otra biografía en verso, francesa en este caso, es decir la que un desconocido Cuvelier dedicó a Bertrand du Guesclin, quien en 1370 sería el condestable de Francia; también Pero López de Ayala fue testigo presencial de los hechos (en el bando de Enrique), y los describió detenidamente, si bien muchos años después, en unos de los capítulos más hermosos de su crónica<sup>5</sup>; antes que él, Jean Froissart había incluido una extensa relación del combate en el libro segundo de sus *Chroniques*, basándose en la descripción del faraute de Chandos y quizá de otros testigos<sup>6</sup>; en fechas difíciles de concretar, pero ciertamente cercanas a la de la batalla se compusieron en Inglaterra dos poemas en latín: el uno anónimo y anodino, el otro, atribuido a un tal Walter de Peterborough, muy pormenorizado, pese a ocultar los hechos detrás de una espesa capa de referencias clásicas y bíblicas<sup>7</sup>; no carece de interés el relato que Thomas Walsingham (fallecido ca. 1422) inserta en su *Historia anglicana*<sup>8</sup>; y por último –pero no menos importante– no faltan documentos de archivo. No sabemos si circularon o no *romances* más o menos *noticieros* sobre el lance, pero puede darse por sentado que la siguiente y decisiva victoria de Enrique marcó el fin, en Castilla, de toda celebración de un triunfo de Pedro. Como se ve, las fuentes son múltiples y de distinta orientación, razón por la cual podemos estar seguros de que los elementos en que coinciden se corresponden a la realidad o a una leyenda surgida inmediatamente después de la batalla.

No es habitual que poco después de una contienda aparezcan no solo relatos cronísticos sino también poemas en honor de algunos de los principales combatientes. El caso es que Nájera había sido una batalla inútil pero no por ello una batalla cualquiera. En el bando de don Pedro el comandante efectivo era el príncipe de Gales, quien, casi 10 años atrás, había derrotado a los Franceses en Poitiers, capturando al rey Juan II. Esta y otras victorias le habían granjeado la fama de excelente jefe, fama que luego se vincularía al posterior apodo de *Black Prince*; uno de sus condotieros más destacados, John Chandos, no podía jactarse

4. Cf. J.-C. Faucon, *La chanson de Bertrand du Guesclin de Cuvelier*, Toulouse, Editions Universitaires du Sud, 1990.
5. Cf. Pero López de Ayala, *Crónica del rey don Pedro y del rey don Enrique su hermano*, ed. G. Orduna, Buenos Aires, Secrit, 1997.
6. Cf. Jean Froissart, *Chroniques*, éd. S. Luce, VII, Paris, Renouard, 1878.
7. Ambos textos, en hexámetros leoninos el primero, en dísticos elegíacos el segundo, fueron publicados en *Political Poems and Songs relating to English History*, ed. Th. Wright, I, London, Stationery Office, 1859, pp. 94-122.
8. Ed. H. Th. Riley, I, London, Stationery Office, 1863, pp. 302-305.

de semejante palmarés, pero no dejaba de ser de entre los más terribles caballeros de su tiempo. No le iba en zaga el mismo rey de Castilla, don Pedro, pero su reputación era totalmente negativa, tanto que le valió el sobrenombre de *Cruel*.

En el frente opuesto, don Enrique aspiraba por contraste a Pedro a construirse la reputación de soberano caballeresco, y Bertrand du Guesclin, en casi una década de luchas contra los Ingleses, había logrado poner remedio a casi todas las pérdidas gravísimas que Francia había padecido a raíz del tratado de Brétigny de 1360, ganándose esa gloria que, tras su fallecimiento en 1380, movería a Carlos V a dejar que fuera enterrado al lado de los reyes de Francia, en la abadía de St-Denis.

Se enfrentaban pues unos modelos de caballería, que se habían forjado en la atmósfera cultural dominante, la de la novela en prosa francesa aún más que la de la épica, pero que eran también expertos en la política y en la guerra reales, y nada obcecados por un idealismo abstracto. Así la leyenda no tardó en tomar cuerpo: un caso interesante que nos permite comprobar hasta qué punto en la Europa occidental alrededor de 1370 la literatura (junto con la ideología) y la realidad se condicionaban mutuamente.

Cuando el ejército de Pedro y del príncipe de Gales se había acercado a Castilla, los experimentados guerreros franceses que estaban al servicio de Enrique, conforme a los dictados del mismo rey de Francia, le habían aconsejado que evitara una batalla en campo abierto: bien conocían las innovaciones militares de los Ingleses, y sabían lo antigua que se había quedado la táctica castellana. Sin embargo, Enrique se negó, invocando la obligación que el honor le imponía de afrontar en seguida a los adversarios. ¿Pero se había tratado realmente de un condicionamiento caballeresco? No ha faltado quien lo ha puesto en entredicho —con razón, creo—, explicando semejante actitud que parece llevar a la catástrofe, con la conciencia, por parte del usurpador, de que muchos de los suyos estaban a punto de abandonarle (como en efecto hicieron algunos): por lo tanto era menester arriesgarlo todo en una sola jugada<sup>9</sup>.

Antes de que empezara la batalla, los dos comandantes efectivos, el príncipe y Enrique se habían intercambiado cartas de notable relevancia para nuestro razonamiento. De hecho las *cartas de batalla* o *lletres de batalla* se convertirían en un verdadero *topos* de los libros de caballerías<sup>10</sup>. Pero el caso es que aquí nos las tenemos con misivas escritas y enviadas por personajes reales, en una guerra

9. Cf. la argumentación de R. Dechenal, *op. cit.* en la n. 12, III, p. 393, que me parece convincente.

10. Cf. *Lletres de batalla*, ed. M. de Riquer, Barcelona, Barcino, 1963.

real y con finalidades reales. Que no se trata de ficción lo demuestra el hecho de que hasta tres fuentes las mencionan: el faraute, Froissart y Ayala<sup>11</sup>. Aún más importante es que dichas cartas (fueron tres, no dos: una de Enrique, la respuesta del príncipe y una más de Enrique) se conservan en los archivos ingleses y se publicaron hace tiempo<sup>12</sup>.

El intercambio epistolar tiene la evidente finalidad de fundar la posición de los dos contrincantes en unas bases incontrovertibles: Enrique el 28 de febrero, desde Santo Domingo de la Calzada, manifiesta al príncipe su estupor por la invasión («nous ne quidams en rien avoir affaire de vous»), y a continuación le anuncia que se le enfrentará de inmediato; el príncipe le contesta (el texto castellano está fechado en Navarrete, en el 1 de abril; según Froissart en Logroño en el 30 de marzo) que va a Castilla en nombre de los antiguos pactos de asistencia entre las dos dinastías, y porque Alfonso XI ha dejado el reino a su único hijo legítimo, Pedro, quien pues es el soberano de Enrique. Por otra parte, este último lo ha reconocido como tal durante mucho tiempo, y solo después se le ha rebelado: sin embargo, el príncipe se ofrece para conseguirle a él y a los suyos el perdón, si quieren someterse. El 2 de abril Enrique le contesta desde el campamento cerca de Nájera y le propone un duelo judicial entre dos o más paladines de ambas partes. Todo se queda en escaramuzas formales: al día siguiente tiene lugar la batalla. Ayala afirma que de entre los hombres de Enrique hubo quien le aconsejó que no replicara al príncipe, que le había negado el título de rey de Castilla, pero finalmente se impuso la opinión «que el deuia escreuir cortes mente, ca avn entre los henemigos bien paresçe seer omne cortes e bien rrazonado» (p. 177). De todos modos, tal intercambio tenía antecedentes tanto en la realidad como en la literatura.

Aunque no falten en dichas misivas los reconocimientos caballerescos (de Enrique hacia el príncipe)<sup>13</sup> tampoco están ausentes razones mucho más realis-

11. Cf. respectivamente Chandos Herald, vv. 2907-2965 (carta de Eduardo); Froissart, I, §§ 574-575 (carta de Eduardo); Ayala, cap. X (carta de Eduardo y respuesta de Enrique).
12. En 1700 Th. Rymer (*Foedera, conventiones, litterae...*, ed. tertia, III/2, Hagae Comitum, Neaulme, 1740, pp. 131-2) publicó el texto castellano de la carta de Eduardo (Navarrete, a 1 de abril de 1367) y de la respuesta de Enrique (campamento cerca de Nájera, a 2 de abril de 1367); el siglo pasado R. Delachenal (*Histoire de Charles V*, III, Paris, Picard, 1916, pp. 554-557) imprimió las tres epístolas en francés. Dichos textos fueron reproducidos por Orduna en su edición de Ayala: a ellos me atengo, y no a los que se leen en las fuentes narrativas, discordes en algún que otro punto.
13. Enrique escribe en la primera misiva: «vous qui avez fait tauntes de si bones et honourables bosoignes», y que «nous ent desplaest», pero tenía que defender su reino. El príncipe lo llama

tas. Enrique en la primera carta (de la que solo tenemos el texto francés) pregunta «par quel lieu vous pensez entrer en nostre roialme de Castele», pero el príncipe no le responde a este propósito. El príncipe niega que actúe «pur orgoueuill de vein gloire», aun así Enrique le contesta que a muchos les parece precisamente «que vous tiegnez moltz à vaine gloire». Como es lógico, las versiones de las fuentes narrativas ponen de relieve los puntos clave más que los textos originales. Según el faraute el príncipe escribió sin dudas: «car vous deveroiez bien sentir / en vostre coer qe cea n'est pas droitz / q'un bastard deut estre rois / pur un droit heir desheriter» (vv. 2928-2931) y que entraría a Castilla «par le quel lieu / qe nous y plerra a entrer / sanz nulle congíé demander» (vv. 2948-2950). Froissart, quien muy probablemente conocía los versos del faraute<sup>14</sup>, no pone en boca del príncipe ninguna mención de la ilegitimidad de su adversario, pero repite que entrará a Castilla «par le quel lés que il nous plaira le mieus». En la versión de la última carta de Enrique que nos proporciona Ayala, se justifica la rebelión contra un rey tiránico, castigado por el juicio de Dios; de hecho el texto castellano de la carta dice: «esto fue obra de Dios».

Todavía más patente resulta ser el peso de la ideología caballerisca sobre la decisión siguiente. Cuenta Ayala que Enrique había dispuesto el ejército detrás del río Najerilla, pero luego decidió desplazarse a la otra orilla, a la explanada hacia Navarrete. Muchos de los suyos lo lamentaron, mas Enrique «era omne de muy grand coraçon e de muy grand esfuerço» y dijo que quería combatir «syn auantaja alguna» (p. 177). La decisión de Enrique parece pues haber sido determinada por modelos literarios y en todo caso ideológicos<sup>15</sup>.

Dispuestas las tropas en la ribera izquierda del río Najerilla, el ejército rival, que procedía de Navarrete, debería haber pasado el río bajo los golpes del enemigo. Así, la posición defensiva de Enrique habría sido muy sólida, sin embargo le pareció que eso constituía una ventaja inaceptable de acuerdo con las leyes de la caballería, y por lo tanto mandó que los suyos vadearan el río. De manera que

conde de Trastámara, dice que actúa «mehu de pitée, et pur bien de justice et pur le linages et alliaunces desuisdictes»; él no quiere ni guerra ni derramamiento de sangre: si Pedro ha hecho contra él y los otros algo sin razón, obtendrá satisfacción del agravio recibido. Según Ayala el príncipe define a Enrique «un tan noble omne commo vos, fijo de rrey»; en efecto estas palabras están presentes en el texto castellano.

14. S. Luce en el comentario de su edición de Froissart puso de relieve las múltiples relaciones entre los dos textos; en la edición Pope-Lodge de Chandos Herald, pp. LIX-LXII, los pasajes que demuestran dicha dependencia se publican encarados.
15. Cf. R. Vernier, *The Flower of Chivalry. Bertrand du Guesclin and the Hundred Years War*, Woodbridge, Brewer, 2003, p. 114.



no solo renunció a la protección del río, sino que además provocó la matanza de sus soldados cuando, huyendo, se vieron obligados a meterse por el embudo del único puente o bien a intentar cruzar la corriente a nado.

Pero aquí se insinúa pronto la duda. Si lleva razón Peter Russell<sup>16</sup>, Enrique se había desplazado sólo para bloquear el camino de Navarrete a Nájera detrás del escarpe del río Yalde, es decir en una posición defensiva igual de fuerte que la anterior. Mas el príncipe, como hábil táctico, optó por abandonar el camino directo de Navarrete a Nájera y por tomar otro más septentrional, que rodeaba al norte un importante relieve, la colina de Cuento, la cual bajaba suavemente hacia Nájera. Lo sabemos gracias al faraute:

Mais le Prince ove le coer fin  
 n'ala pas le plus droit chemin,  
 ançois prist, sachez de certain,  
 un mountaigne et un gran val  
 avallerent tout a chival. (vv. 3051-3056)

y gracias a Froissart, quien escribe que el ejército del príncipe afrontó al enemigo bajando de una montaña («Et puièrent li dis princes et ses gens une petite montagne, et au descendre, il perchurent tout clerement leurs ennemis», p. 34)<sup>17</sup>. Así Eduardo obligó a Enrique a desplazar a la izquierda su frente justo antes que empezara el combate, y plantó cara de entrada a las tropas castellanas de don Tello, hermano de Enrique, que pronto huyeron, causando la derrota del bastardo.

No me voy a detener sobre las descripciones de la batalla, que no se contradicen mutuamente (como en otros casos ocurre a menudo) y que ensalzan el valor de cada uno de los combatientes, relatan algún que otro episodio menor, y coinciden en considerar decisiva la huida de don Tello y valerosa, aunque inútil, la empecinada defensa de los Bretones de du Guesclin.

La literatura, y por consiguiente la ideología, domina en todo lo que ocurrió a continuación. Para empezar, es aquí donde mejor se perfila la figura del villano, que no puede faltar en ningún relato: por supuesto el que desempeña dicho papel es don Pedro (nótese que cuantos están de su parte, como el faraute, opinan lo mismo). Al deseo de venganza del rey destronado aluden explícitamente el faraute (vv. 3509 e ss.), Cuvelier (v. 13045), Froissart (§ 568) y Ayala; el príncipe por lo

16. Cf. P. E. Russell, *The English Intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II*, Oxford, Clarendon Press, 1955, p. 99.

17. Cf. Russell, *op. cit.*, pp. 101-102.

visto se negó a entregarle los presos que el rey quería juzgar, invocando tanto las reglas de la caballería como el interés económico de los que los habían capturado (Pedro prometía recompensas muy improbables). Así pues los Castellanos ejecutados por Pedro serían solo Íñigo López de Orozco durante la batalla, y Gómez Carrillo, *camarero mayor* de Enrique, Sancho Sánchez de Moscoso, *comendador mayor* de la orden de Santiago, y Garçi Jufre Tenorio después de ella.

Aquí también cabe preguntarse si las fuentes son objetivas: nadie recuerda que el tratado de Libourne de 1366 estipulado entre Pedro y Eduardo concedía al primero la posibilidad de juzgar únicamente a su hermanastro Sancho, dejando en manos del inglés el destino de todos los demás futuros prisioneros<sup>18</sup>. No solo ahora nadie invoca dicho tratado, sino que Sancho es perdonado y abrazado por el hermanastro (que poco después volverá a traicionar). Así pues puede ponerse en tela de juicio que, por lo menos en esta circunstancia, Pedro haya sido realmente *cruel*. Por otra parte, no parece descabellada la reflexión de Peter Russell por cínica que sea: la petición del rey se basaba en necesidades políticas y el rechazo del príncipe fue un grave error (aunque ideológica y económicamente explicable): «he [Edward] forced his Castilian ally to relinquish a large part of the political victory gained on the battlefield. In a matter of months many of his chief enemies would be free men again»<sup>19</sup>. En conclusión, hay que sustraer la conducta de Pedro a la antítesis caballería-crueldad y reconducirla por un lado a las despiadadas exigencias de la política, y por otro a los esquemas antagónicos del relato.

Los episodios más relevantes son dos: el enfrentamiento entre el príncipe de Gales y el mariscal de Audrehem; y las negociaciones para el rescate de Bertrand du Guesclin. En lo que atañe al primero, nuestra única fuente es López de Ayala (cap. XIII, pp. 181-3). La mañana del domingo el anciano («era en hedat de sesenta años o mas») y valeroso mariscal de Francia llama la atención del príncipe cuando se le muestran los prisioneros; Eduardo «llámole traydor e fementido e que meresçia muerte»; el mariscal lo niega y acepta «estar a juyzio de caualleros». Se eligen como jueces 4 caballeros ingleses, 4 gascones y 4 bretones. El príncipe declara que Audrehem había sido capturado en la batalla de Poitiers por él mismo, y había sido liberado bajo la condición de que no tomaría las armas contra los Ingleses salvo en defensa del rey de Francia o de otros príncipes de sangre franceses hasta que no pagara el rescate: este último todavía no se había pagado,

18. Cf. Russell, cit., p. 66.

19. Cf. Russell, cit., p. 106. También R. Vernier, *The Flower of Chivalry*, cit., p. 116, opina que Pedro tenía razón.

el rey de Francia u otros príncipes de sangre franceses no habían salido al campo en Nájera, y, no obstante, el mariscal había combatido allá contra el príncipe de Gales: «por tanto digo que vos auedes falsado el omenaje que me fezistes».

A juicio de todos, la posición del mariscal parece irremediable, sin embargo éste solicita respetuosamente permiso para defenderse: reconoce que ha sido capturado en Poitiers, que ha hecho el juramento mencionado por el príncipe, y que todavía no ha pagado su deuda; aun así declara: «non soy caydo en mal caso ni fementido», porque ahora no ha tomado las armas contra el príncipe, puesto que «el capitán e cabo desta batalla es el rrey don Pedro e a sus gajes e a su sueldo como asoldado e gajero venides vos aquí el día de oy e non venides assi como mayor de la hueste... non me arme contra vos saluo contra el rrey don Pedro, que es el capitán mayor de vuestra partida».

Los jueces dan la razón al mariscal, «e al príncipe e a todos los otros caualleros plogo mucho que el mariscal touiera rrazon para se escusar, por que era buen cauallero». Según Ayala, dicha sentencia sentaría un precedente jurídico. «O gran bontà dei cavalieri antichi!», hubiera comentado Ludovico Ariosto.

Mas aquí también se insinúa la duda, aun admitiendo que el episodio, narrado solo por López de Ayala, sea auténtico. Audrehem había sido, sí, capturado por los Ingleses en Poitiers en 1359, pero el rey de Francia Jean II, él también prisionero, lo había incluido entre los caballeros que lo acompañarían a Londres, y no consta que para ellos se pidiera un rescate (quizá porque éste formaba parte del del rey, que montaba una cifra desmedida, la cual no acabó de pagarse jamás). La observación es de Émile Molinier, quien sospecha que Ayala en algún que otro punto es inexacto<sup>20</sup>. De todas formas, Ayala ha sacado de este acontecimiento un relato ejemplar acerca de las virtudes caballerescas, pero quizá dicho relato deba adscribirse a su fantasía de escritor más que a su precisión como historiador. El deseo de guardar memoria de conductas modélicas predomina sobre la obligación que el historiador tiene de respetar la verdad de los hechos.

Ello emerge incluso con mayor claridad a propósito de la narración relativa al rescate de Bertrand du Guesclin, que hallamos en Cuvelier, Froissart y Ayala. Empecemos por el primero, quien dedica al tema unas cuantas tiradas épicas

20. *Étude sur la vie d'Arnoul d'Audrehem, maréchal de France*, in *Mémoires présentés par divers savants à l'Académie des Inscriptions et Belles-lettres*, 2<sup>ème</sup> série, VI, 1<sup>ère</sup> partie, Paris, Imprimerie Nationale, 1883, pp. 1-359 ; cf. p. 180 n. 1. El mariscal hasta había recibido una pensión de Eduardo III de Inglaterra. Para el rescate de Audrehem después de Nájera cf. *ibidem*, pp. 181-2: puesto en libertad bajo fianza con du Guesclin (véase abajo), no pudo pagar y volvió a ser recluso hasta finales de 1369.

de su pesado y fatigoso poema (de la CDLXXVI en adelante, vv. 14411 ss.). El príncipe de Gales vuelve a Bordeaux y aquí encuentra a Bertrand que lamenta su reclusión. El príncipe le replica que basta con que se comprometa a no tomar las armas contra él y a no apoyar a Enrique. Si lo hace le devolverá la libertad, se le compensarán los gastos y se le darán 10.000 florines de oro para que se reponga. Bertrand dice que se dirigirá al rey de Francia y a los duques de Anjou, de Berry y de Borbón, gente muy distinta de Pedro, quien ha engañado al príncipe. Todo el mundo coincide; el príncipe le dice que todos piensan que él lo ha mantenido preso por miedo, pero en realidad, ya que necesita dinero, lo dejará libre si ofrece lo suficiente; Bertrand, pese a lamentar su pobreza y sus deudas, le oferta 100.000 doblas de oro. Al príncipe le bastaría la cuarta parte de la suma; Bertrand baja a 60.000, una mitad a cargo de Enrique, y la otra sufragada por el rey de Francia. El príncipe acepta: ¡se hubiera conformado con 10.000! ¿De dónde sacará el dinero Bertrand? La princesa de Gales, admirada, se ofrece a contribuir con 10.000 doblas de oro. Ni falta hace subrayar hasta qué punto es absurdo dicho relato, mal escrito y peor concebido.

Muy distinta es, poco después, la concreta finura de las páginas de Froissart (§ 592, pp. 62-4). Según el historiador francés, el príncipe se lleva a Bertrand consigo a Bordeaux; un día lo encuentra y le pregunta cómo le va; Bertrand se declara satisfecho «car je sui li plus honnourés chevaliers dou monde»: todos le dicen que el príncipe le tiene tanto miedo que no lo deja ir. El príncipe, resentido, niega que sea así y le replica: «paiés cent mil frans, et vous serés delivrés». Bertrand acepta; el príncipe, que en efecto quería mantenerlo preso, se arrepiente y su consejo le sugiere que rompa el pacto, pero Eduardo no quiere faltar a su palabra. Bertrand consigue rápidamente la ayuda de sus amigos, del rey de Francia y del duque de Anjou, y «paia sus mains d'un mois les cent mil frans», de manera que pudo ir a Provenza a combatir para el duque.

Por último, analicemos el relato de Ayala (cap. XVIII, pp. 191-4). Considerado el valor del prisionero, el príncipe hubiera preferido que cayera en batalla, pero Bertrand acaba siendo capturado y Eduardo «fizole mucha honrra», llevándoselo a Bordeaux. Bertrand envía un intermediario al príncipe, solicitando que pida un rescate a cambio de su libertad, sin embargo, el príncipe y su consejo prefieren renunciar a la ganancia dejándolo en la cárcel, para evitar que vuelva a ser su adversario. Bertrand envía otra vez el intermediario al príncipe para darle las gracias: «yo tengo que me faze Dios, e el, muy grand graçia... que mi lança sea tan temida que yaga yo en prision durante las guerras entre França e Inglaterra e non por al, e pues assi es, yo tengo por honrrada la mi prision mas que la mi

deliberación»; eso le granjeará «muy grand honrra, e el bien e el prez de caualleria en esto va, ca la vida ayna pasa».

El príncipe repara en el grave error que acaba de cometer, y para poner remedio deja que sea Bertrand quien fije la entidad de su rescate, aunque sea «una paja sola... ca por quantos menos salliesse, menos honrra leuaua». Bertrand entiende el ardid de Eduardo, quien sabe perfectamente que «mossen Beltran non auia en el mundo si non el cuerpo», y contesta: «yo le dare çient mill francos de oro por mi cuerpo», prometiendo brindarle sólidas garantías.

El príncipe no sale de su asombro por el «grand coraçon» de Bertrand, y se pregunta cómo podrá reunir tanto dinero, pero no le queda más remedio que aceptar y averiguar cuáles son sus garantías. Bertrand envía inmediatamente unos mensajeros a los barones y caballeros bretones amigos suyos, les pone al tanto de las novedades y les pide que le avalen. Todos se declaran dispuestos a hacerlo, por la cantidad que quiera y en el plazo que decida. Cada uno manda «vn su escudero que leuaua su sello e poder para le obligar en la quantia que mossen Beltran quisiese e al plazo que quisiese». La razón de semejante actitud es que en Francia e Inglaterra se dice que «en el sello va en nonbre e las armas, que son honrra del cauallero». Por otra parte, los Bretones no disponen de la liquidez necesaria para pagar en seguida esa cifra.

El príncipe deja libre a Bertrand, quien acude a la corte del rey de Francia, Carlos V. Un día este le pregunta cuáles son las condiciones del rescate, y al enterarse de que Bertrand debe 100.000 francos al príncipe de Gales, le dice que entiende que se ha comprometido porque contaba con él. A continuación manda a su tesorero que exija de los mercaderes parisinos el aval de la suma, de manera que puedan devolverse a los nobles bretones sus sellos; el rey entrega *ipso facto* 30.000 francos a Bertrand, «para se apostar e encaualgar e armar».

En resumidas cuentas, son los mercaderes quienes pagan por todos, ya que ni los nobles bretones ni el rey Carlos ponen un solo céntimo, pero desde el punto de vista de Ayala lo que importa es el valor ejemplar del episodio, incluido «por contar los grandes fechos e notables que los buenos fazen». Tras alabar al príncipe, a Bertrand, a los Bretones y al rey de Francia, el historiador concluye: «E por estas rrazones se puso aqui este cuento, ca las franquezas e noblezas e dadiuas de los rreyes grand rrazon es que finquen en memoria e non sean olvidadas: otrossi las buenas rrazones de caualleria». De Cuvelier a Ayala la leyenda se ha estructurado y refinado, hasta convertirse en modélica.

A propósito de este episodio, disponemos de un cierto número de documentos que cuentan otra historia. Pasemos por alto la entidad del rescate, que, en

palabras del mismo Bernard, fue de 100.000 *doblas de oro* de Castilla, a pagar en seis meses<sup>21</sup>; pasemos por alto que los tiempos de la negociación eran demasiado apremiantes para que se pudiera seguir el enrevesado *iter* descrito por Ayala (el príncipe regresó a Bordeaux a primeros de septiembre de 1367<sup>22</sup>; Bertrand solicita la ayuda de Pere IV de Aragón a finales de octubre; Carlos V empieza a interesarse por el rescate el 7 de diciembre; el 27 de diciembre, como he apuntado antes, se cierra el trato; el 17 de enero de 1368 Bertrand es puesto en libertad)<sup>23</sup>; pasemos por alto que Bertrand no se dirigió a París, como afirma Ayala, sino a Provenza<sup>24</sup>. De los documentos se desprende claramente que ni hubo intervención alguna por parte de los caballeros bretones, ni se enviaron sellos, ni apareció finalmente el rey de Francia como *deus ex machina*. Por otro lado carecía de todo fundamento la declaración de absoluta pobreza puesta en boca de Bertrand, quien, aun sin tener en cuenta el ducado de Trastámara y los demás señoríos que don Enrique le había concedido (y que él, por supuesto, había provisionalmente perdido en Nájera) supo cuidar muy bien sus intereses en Francia, como ha calculado Michael Jones en algunos casos.

No cabe duda de que el príncipe no tenía ninguna prisa en liberar a Bertrand, y por eso es verosímil que no haya hablado de rescate hasta Bordeaux. La negociación involucraría pronto a Pere IV de Aragón y al rey de Francia<sup>25</sup>. El 7 de diciembre Carlos V comunicó a su tesorero, Pierre Scatisse, que se había

21. Du Guesclin escribe en la obligación extendida a Eduardo el 27 de diciembre de 1367 en Bordeaux: «nous avons accordé paier pour la delivrance de nostre personne cent mil doubles d'or du coing, du pois et de la loy et qui ont eu et ont cours ou dit royaume de Castelle, a certain termes, c'est assavoir dedans trois mois prochains, après ce que nous serons delivrés de la prison du dit prince, sexante mil doubles, et dedans autres trois mois continuelemens ensuivans les trois premiers diz, quarente mil doubles, telx comme dussus sount diz» (*Letters, Orders and Musters of Bertrand du Guesclin, 1357-1380*, ed. by Michael Jones, Woodbridge, Boydell Press, 2004, p. 74, n° 209). El que capturó a du Guesclin fue un tal Thomas Cheyne, quien lo cedió al príncipe por 1483 libras, 6 sueldos y 6 dineros; en 1381 dicha cantidad no había sido completamente pagada: cf. Jones, *op. cit.*, n° 185, p. 68, donde el rescate pedido al condotiero bretón se evalúa en 140.000 libras tornesas.
22. Cf. S. Luce en Froissart *cit.*, p. XXIV, n. 1.
23. Aludo a documentos publicados por Jones, *op. cit.*, pp. 72-75, n°s 202 ss.
24. El 7 de febrero de 1368 du Guesclin está en Montpellier con el mariscal Audrehem: Jones, *op. cit.*, p. 76, n° 211.
25. Antes del 29 de octubre de 1367 Pere IV ha recibido cartas de Bertrand relativas a su rescate y, no pudiendo prestarle ayuda, somete la cuestión al rey de Francia (Jones, *op. cit.*, p. 72, n° 202); el 7 de diciembre Carlos V escribe al tesorero Pierre Scatisse que tiene que pagar 30.000 doblas por el rescate de Bertrand, una mitad en tres meses a partir de la liberación, y la otra mitad tres meses después (Jones, *op. cit.*, p. 73, n° 207).

comprometido a pagar 30.000 *doblas* en un plazo de seis meses a partir de la liberación de Bertrand (la mitad en 3 meses). Es difícil decir cuánto de estas 100.000 *doblas de oro* se pagó efectivamente y cuándo: lo cierto es que se trató de un ajuste de cuentas muy complejo entre Carlos V, su hermano Luis de Anjou, rey (o pretendiente al trono) de Sicilia, y otros aristócratas destacados. Los nobles de Bretaña, si realmente desempeñaron un papel en este asunto, no pasaron de ser un coro en el trasfondo. Las negociaciones para rescates de importantes cuantías (como las que se llevaron a cabo décadas más tarde para Jean Sans Peur, prisionero de Bayazed I en Turquía) implicaban a los grandes banqueros internacionales más que a los pobres caballeros, tanto más cuanto entonces ni los mismísimos soberanos disponían de mucha liquidez.

A la altura de 1367 la literatura había creado modelos comportamentales a los que las personas de carne y hueso que gozaban de cierta visibilidad social intentaban ajustarse. El mariscal de Audrehem desde luego logró salir del paso, y Bertrand también; pero en la vida auténtica hay que compaginar semejantes actitudes con los intereses personales. Esta compleja realidad, ya empapada de literatura pero a la vez atenta a las conveniencias, se convierte en la base sobre la que se construyen nuevos mitos literarios, en donde por ejemplo las cifras se ensalzan, los valores se hacen explícitos, los tiempos se aceleran, y la participación es coral. Para Ayala como para Froissart es muy importante cómo hablan las personas, según una refinada retórica que puede corresponderse o no a la realidad, pero de todas formas la reviste de justificaciones explícitas e implícitas.

La literatura prevé también el papel del villano, que aquí desempeña don Pedro, tanto para con sus adversarios como para con sus partidarios. El villano es cruel a la par que insensato (mata a prisioneros que podrían ser rescatados). El problema del rescate se plantea para todo el mundo: es una obligación caballeresca pero también una conveniencia práctica, porque compensa los gastos y asegura una ganancia. Ya que en el rescate todos están interesados, desde el rey hasta el soldado raso, basándose a menudo en reglas expresamente definidas en los contratos de *indenture*; eso equivale a las modernas reparaciones y constituye una conspicua transferencia de riqueza que, sin embargo, no siempre llega a buen puerto. Pero es que los modelos literarios hablan de ello como si fuera una simple forma de mutuo respeto, que a la vez permitía ponderar el valor social de cada uno. No importa que el rey de Francia jamás termine de pagar su rescate: el importe descomunal del mismo mide su valor y ensalza al que lo hizo prisionero.

De la dialéctica entre ideología caballeresca y conductas reales emerge una realidad que jamás es blanca o negra, primando más bien el gris. Cabe recordar

que un par de años más tarde, el 23 de marzo de 1369, la contienda castellana tendrá un dramático desenlace en Montiel: Pedro acaba siendo derrotado y sitiado en el castillo de esta villa manchega. La fortaleza no puede resistir muchos días. Se intenta salir del paso con la traición. Es posible que, como apunta Ayala, Pedro haya tratado de sobornar a du Guesclin y de salvarse incitándole a cambiar de bando. Ese dechado de caballería francesa se niega, pero revela el plan a Enrique, quien, para no correr riesgos le promete las mismas dádivas que le había ofrecido su rival, y le pide que lleve a Pedro a su tienda. Du Guesclin no se opone.

Pedro pues con algunos compañeros acude de noche al campamento enemigo donde se da cuenta en seguida de que ha sido víctima de una traición. Llega Enrique, armado, y los dos se arrojan el uno contra el otro, puñales en mano. Caen al suelo y, según Ayala, Enrique se sale con la suya, matando a su hermanastro. Así las cosas, ya podría tildarse de abyecta la conducta de la «flor de la caballería», pero es que además se rumoreó que Pedro había acabado encima de Enrique y se disponía a apuñalarle cuando el pie de un caballero no castellano hizo que los dos contendientes se dieran la vuelta. ¿Quién fue? Según Froissart, el catalán Rocaberti; Chaucer apunta a Olivier de Mauny, deudo de Bertrand; otros al mismo Bertrand. Lo cierto es que alguien no se echó atrás a la hora de cometer una infamia.

Un último aspecto, nada baladí. Los textos que he manejado tienen un valor literario muy desigual. Jean de Venette es un modesto cronista, Chandos Harald un voluntarioso versificador; Cuvelier el último y mediocre epígono de la ilustre tradición épica; pero López de Ayala es un brillante prosador, plenamente consciente de sus recursos, y Jean Froissart, poeta mediano, es el mejor prosador francés de su época. Limitémonos a los dos más destacados: no me parece admisible caracterizar a Ayala como literato castellano y a Froissart como cronista francés (¿francés? ¡Pero si era natural del Hainaut, tierra del Imperio!). A estas alturas cronológicas (hacia 1400) así como existe una corriente artística que desde hace tiempo se ha identificado como «gótico internacional», también existe una literatura que podríamos llamar «gótica internacional», que a un nivel elevado, el de la prosa aún más que la poesía, no presenta marcas nacionales o lingüísticas evidentes<sup>26</sup>.

26. Hace ya 25 años me ocupé de Nájera en el artículo «Storiografía ed *exemplum* in Pero López de Ayala», *Medioevo romanzo*, 14, 1989, pp. 255-281. Mi punto de vista allí era distinto: intentaba precisar los esquemas literarios que implican las *Crónicas*, no la dialéctica entre ideologías literarias y condicionamientos reales.



